

algunas reprehensiones sobre haberse ocultado para evitar el verse Papa, teniendo tantos talentos para desempeñar dignamente las funciones. Estas reprehensiones diéron ocasion á San Gregorio para componer una obra sobre la obligacion de los Obispos, en la que explicando lo que pensaba de la grandeza é importancia de su cargo, justifica su resistencia en aceptarle. Este es el Pastoral, que despues ha sido tan célebre en todas las Iglesias de Oriente y Occidente. San Leandro Obispo de Sevilla, á quien le envió San Gregorio, le besó al recibirle, y le publicó por toda España. El Emperador Mauricio, pidió una copia á Anatolio, Diácono de la Iglesia de Roma, Nuncio en Constantinopla; y la hizo traducir en griego por Anastasio, Patriarca de Antioquia, por lo que se hizo comun en el Oriente. Alfredo, Rey de Inglaterra, consagrado en Roma en 872, la traduxo en lengua Saxona para los Saxones Occidentales, que estaban baxo su dominio, creyendo que les hacia un gran presente, como se ve en el Prólogo que dispuso á la cabeza de su traduccion, de la qual todavia se muestran exemplares en las Bibliotecas de Inglaterra. Ya no existe la version griega de Anastasio, y aun parece que Focio, que escribia en el siglo nono, no la conocia; pues dando grandes elogios al Papa Zacarias porque habia hecho traducir en griego los diálogos de San Gregorio, y otros muchos libros, nada dice de la traduccion del Pastoral. En el Concilio de Maguncia, celebrado en 813, se propuso este Pastoral despues de las Santas escrituras y los Cánones de los Concilios, para que todos los Obispos aprendiesen el modo de gobernar sus Iglesias y sus pueblos. El Concilio de Reims del mismo año, hizo leer en alta voz muchos pasages del Pastoral, para que los Pastores de la Iglesia supiesen cómo habian de vivir, y enseñar á los que estaban á su cuidado. Los Obispos del tercer Concilio de Turs no creían que les fuese permitido ignorar el Pastoral; ni menos que los Cánones. Hincmaro, Arzobispo de Reims, dice: „Que en su tiempo, quando se ordena-

ban los Obispos, les ponian en la mano este libro al mismo tiempo que el quadero de los sagrados Cánones, y que prometian observarle. Dice San Gregorio que le escribió al principio de su Pontificado, esto es, por los años 590.”

Le dividió en quatro partes: la primera es sobre la vocacion al Obispado, para que el que es llamado exámine con qué disposiciones llega: la segunda, sobre las obligaciones de un Pastor, llamado legítimamente al Sacerdocio: la tercera, sobre las instrucciones que debe dar á su pueblo; y la quarta, sobre las freqüentes reflexiones que debe hacer sobre su propia conducta, para humillarse á vista de las culpas que haya cometido en el gobierno de las almas.

La analisis de la primera parte es esta: si no es permitido al hombre enseñar el arte que no ha aprendido, ¿quánta temeridad seria en un ignorante encargarse del ministerio temporal, quando el gobierno de las almas es el arte de las artes, y la ciencia de las ciencias? Los Pastores son los ojos de los pueblos. Si á los que gobiernan les falta la luz, no pueden menos de extraviarse los que les obedecen; algunos hay que estan instruidos en la ley del Señor; pero cuyas costumbres no corresponden á su ciencia; estos destruyen con sus acciones lo que edifican con sus palabras. De estos mismos se dice en un Profeta: *Los malos Sacerdotes han llegado á ser para aquellos que estaban á su cuidado, lo que los lazos para las aves*; porque ninguno es mas perjudicial en la Iglesia, que el que viviendo mal conserva el nombre y la autoridad que solo pertenecia á una vida santa. Jesuchristo que no solamente habia venido á redimirnos, sino tambien á enseñarnos, nos encomendó, huyendo del Reyno que los hombres le ofrecian, que no siguiésemos los favores ni las grandezas del siglo, y el amor á los trabajos quando fué con tanto gusto á la cruz. El hombre se olvida de sí mismo en las grandezas y en la prosperidad, y vuelve sobre sí quando se ve en el desprecio y la desgracia. Saúl, á quien la consideracion de su pro-



pia indignidad habia hecho huir de la honra de Rey, apenas se vió en ella quando se hinchó su corazon con la soberbia. Desde el punto en que David se vió sin aflicciones ni trabajos, se olvidó de tal modo, que quitó la vida al esposo de una muger que habia amado con exceso. La multitud de las ocupaciones, que son inseparables del empleo de Pastor, distrae muchas veces tanto el espíritu, que se halla como sin poder cumplir bien con ninguna en particular. Esta distraccion exterior le hace olvidarse de su interior, y en todo piensa menos que en sí mismo. Enredado en tantas ocupaciones como se hallan en el camino, no se acuerda muchas veces del objeto á que debe dirigirlas. De este modo, cesando de buscar á Dios, que era el fin que tuvo en aceptar el Obispado, ya no reflexiona sobre sus pérdidas, ni sobre sus pecados. Esto es lo que dice San Gregorio para curar en los imperfectos la presuncion de aspirar á los cargos que no pueden cumplir, y en los que bambanean ó tropiezan en los lugares mas llanos, el deseo de empeñarse en caminar por el borde del precipicio. Mas habia otros que por amor al descanso huían del gobierno de las almas, siendo capaces de él por sus talentos y por la pureza de su vida. A estos les dice: "Que no habiendo recibido los talentos para sí solo, sino tambien para los demas, se privan á sí mismos por pensar en sola su utilidad particular de los bienes que querian apropiarse con exclusion de todos los demas. Si Jesuchristo mandó á San Pedro en prueba de su amor, que apacentase sus ovejas; ¿cómo los que tienen las virtudes necesarias para este empleo se niegan á recibir el cargo de las almas? ¿Podrán lisongearse de que aman al Supremo Pastor? Estos hombres se hacen tan culpables, negándose al ministerio, como pudieran adelantar en la gracia aceptándole. Los que se retiran por un sentimiento de humildad, si son verdaderamente humildes en la presencia de Dios, no llegarán á tanto que se obstinen en no recibir los cargos que pueden felizmente cumplir: pues no se debe tener por verdaderamente humilde

el que conociendo que Dios le llama para el gobierno de las almas, desprecia sus disposiciones sin querer sujetarse. Aun hay algunos en los que no se puede reprehender el deseo del ministerio de la predicacion. Si Jeremias, enviado de Dios, resistia humildemente ir adonde le enviaban por la dificultad que tenia de hablar, y porque todavia era muy niño: Isaias por el contrario, viendo que Dios apenas hallaba un hombre que enviar á predicar, se presentó al Señor, y le dixo: *Aquí estoy yo, enviadme á mí.* Moysés rehusó al principio el gobierno del pueblo de Dios, no considerando mas que su propia flaqueza; pero confiando despues en el auxilio del que le mandaba, se sujetó con humildad.

Responde San Gregorio á los que no pretendiendo en el Obispado, sino satisfacer á su ambicion, se autorizaban con aquellas palabras de San Pablo: *Si alguno desea el Obispado, desea una buena ocupacion:* "Que San Pablo inmediatamente que alabó este deseo, los asustó, añadiendo: que un Obispo debe ser irreprehensible: que alababa el deseo de conseguir el Obispado en un tiempo en que los Obispos eran los primeros que llevaban al martirio; y que así el que no desea el Obispado con el fin de trabajar por la gloria de Dios, sino solamente con la mira de verse honrado de los hombres, no busca el Obispado de que habla el Apostol. A la verdad, no se puede decir que ama el sagrado ministerio del modo que San Pablo lo entiende, el que solo pretende el abuso del dominio, la vanidad de las honras, y la abundancia en todas las cosas." Descubre este Padre la ilusion en que cae la mayor parte de los que desean los cargos Eclesiásticos. Quando los pretenden se lisongean con la falsa intencion del bien que se proponen hacer; porque esta es un velo con que se cubre su secreta ambicion: se imaginan que desean en una buena accion, lo que verdaderamente no desean. De aqui proviene que inmediatamente que han conseguido lo que apetecian, se olvidan facilmente de todas las bellas ideas del bien que se habian



propuesto executar. El remedio de esta ilusion es juzgarse á sí mismos por las acciones de su vida pasada. El que no estaba contento con la hacienda que tenia como particular, con dificultad vencerá la avaricia quando se vea depositario de los bienes, que deben emplearse en el alivio de los pobres. La máxima general para el santo ministerio es, que el que tiene las virtudes necesarias para gobernar las almas se rinda quando le precisan á aceptar el cargo; y que aquel que no las tiene, jamas le admita, aunque le quieran precisar. ¿Pero á quién se le podrá forzar á encargarse del gobierno de los demas? Es preciso que este sea un hombre de experimentada virtud, superior á las ventajas y desgracias del siglo, de una complexion bastante fuerte para sostener el peso del cargo, liberal para con los pobres, condescendiente en quanto lo permitan la equidad y la justicia, compasivo para con los flacos, continuo en la oracion, y libre de las imperfecciones figuradas en los defectos corporales, que segun la ley de Moysés, excluían del Sacerdocio.

XV. El primer cuidado del que se vea elevado á la dignidad de Obispo por los caminos conocidos y legitimos, es desprehender su corazon y su espíritu de las criaturas, *sed puros*, dice un Profeta, *los que teneis que llevar los vasos del Señor*: aquellos propriamente llevan los vasos del Señor, que viviendo santamente, se encargan de guiar á los tabernáculos eternos las almas de sus hermanos. En segundo lugar debe ser excelente sobre todos los otros en la práctica de las virtudes, para que su vida santa sea como una continua voz que esté enseñando á los demas á vivir bien. La palabra penetra con mayor facilidad el corazon quando es sostenida con las acciones; y quando al mismo tiempo que se prescribe á los otros en las instrucciones, lo que deben hacer, se les facilita la práctica con el exemplo. Como en sus discursos no debe proponerse otro fin que la edificacion y utilidad de los demas, deben arreglarse sus palabras, y su silencio con la prudencia y discre-

cion; no solamente no han de decir cosa que sea mala á aquellos con quienes hablan, sino que aun lo bueno deben decirlo con orden y medida, sin cansar á sus oyentes con la indiscreta duracion de sus discursos. De tal suerte debe baxarse á sus inferiores por sentimientos de compasion, que al mismo tiempo que cuide de los que son flacos, nada pierda de su aplicacion á Dios. La contemplacion elevaba á San Pablo hasta el tercer cielo, y su solicitud Pastoral le abatía hasta arreglar el estado de las personas aun carnales. Si sucede que por oír las tentaciones de las almas flacas, reciba en sí mismo alguna impresion, no debe turbarse; pues por efecto de la divina providencia, saldrá con tanta mas facilidad de sus propias tentaciones quanta sea mayor la caridad con que escuche las de los otros, y trabaje para librarlos. Mire como á iguales á los que son buenos, y emplee todo el zelo que la justicia le inspire contra los vicios de los malos; de este modo, sin detenerse en la honra que se debe á su dignidad, vivirá con los buenos, como con sus iguales, y no temerá usar de toda su autoridad contra los de costumbres desarregladas. Es preciso que los que gobiernan se hagan temer, pero esto ha de ser quando conocen que no se teme á Dios. No permitió S. Pedro á Cornelio que se arrojase á sus pies, porque sabia que era bueno y temeroso de Dios: *Levántate*, le dixo, *y no hagas eso, porque yo soy un hombre como tú*. Mas, quando halló que Ananías y Sáfira habian mentido, manifestó contra ellos su potestad. El Pastor debe amar á su pueblo, pero sin abatirse, debe reprehenderle, pero sin exâsperarle; debe tener zelo, pero sin furor; debe tener benignidad, pero sin demasiada condescendencia. De tal suerte deben unirse en él la clemencia y la justicia, que nada se advierta en su constancia que no sea capaz de ganar á los que gobierna, ni se vea en su benignidad cosa alguna que les pueda hacer perder el respeto que le deben. A los seculares les pertenece arreglar los negocios de este siglo; la ocupacion del Pastor tiene mas elevado objeto, que



es la salud de las almas. No obstante, algunas veces podrá por caridad ó compasion mezclarse en los asuntos seculares ; pero jamas dé á entender deseo de pretenderlo , no sea que este mismo deseo pueda mas en él , y de la contemplacion de las cosas mas elevadas le abata á la aficion de las mas baxas. Ocasiones hay en que los Pastores deben salir á procurar á sus pueblos el socorro en las necesidades de la presente vida : entonces trabajan con mejor éxito , porque los pueblos tendrian algun derecho para no gustar de las palabras de su Pastor , si despreciára el cuidado que debe tener de socorrerlos.

Pero quando cumple con las obligaciones de su dignidad no debe moverle el deseo de agradar á los hombres , porque este amor propio le abatiria infaliblemente á condescendencias viles y vergonzosas ; pero debe desear estar bien en el concepto de sus pueblos para poderlos empeñar mas facilmente en el amor á la verdad. En esta disposicion se hallaba San Pablo , quando dixo por una parte : *Que procuraba agradar á todos en todas las cosas* , y por otra : *Que si todavia quisiera agradar á los hombres , no seria siervo de Jesuchristo*. Faltas hay que es necesario disimular por prudencia ; pero se ha de dar á entender que se disimulan , para que los que son culpados , viéndose descubiertos , se avergüencen de volver á las mismas culpas. Asi disimuló Dios los delitos de la Judea ; pero dándola á entender que los habia visto. Otras faltas hay que se deben tolerar , aunque sean visibles por la indisposicion con que se hallan los que las cometen. Una llaga que se abre antes de tiempo , se hace mas peligrosa con la inflamacion que la misma incision causa en ella. Un remedio que se aplica sin tiempo es inútil , y pierde toda su fuerza y virtud. Hay faltas secretas que se deben procurar descubrir con destreza , juzgando de lo que está oculto en el corazon del pecador por las exterioridades de su conducta ; esto es propriamente en lengua de la Escritura penetrar la pared del corazon , y abrir brecha para descubrir en él las abominaciones que alli pasan.

Otras faltas hay que se deben corregir con suavidad , porque proceden de ignorancia ó de flaqueza. Las que son de malicia piden correcciones ásperas y fuertes , para que si aquel á quien instruimos no comprehendia la enormidad de su pecado , la conozca en la vehemencia de la correccion : mas porque es dificil guardar un medio justo , y muchas veces nos lleva el calor de la invectiva á los excesos , es necesario que en semejantes ocasiones recurra el mismo Pastor al remedio de la penitencia , para alcanzar de Dios con sus lágrimas el perdon de las culpas cometidas con ocasion del zelo en defender sus intereses. Supuesto que sus obligaciones estan señaladas por menor en los santos libros , nunca estos se podrán leer y meditar con exceso.

XVI. En quanto á las instrucciones que debe un Obispo á su pueblo , es necesario que se proporcione con las calidades y disposiciones de los que le oyen , pues de lo contrario sucederia , que lo que aprovechase á unos , seria perjudicial á otros ; mas proporcionándose con sus necesidades y su capacidad , hallará cada uno en sus instrucciones lo que le conviene. Una instruccion se ha de dar á los hombres , y otra á las mugeres. A los hombres se les ha de prescribir alguna cosa mas grande en que exerciten su virtud , y á las mugeres alguna cosa mas facil para ganarselas á Dios con la suavidad. Una correccion severa restituye á los jóvenes al camino derecho ; un aviso , dado con humildad á los ancianos , los hace entrar de nuevo en su obligacion. Los pobres por estar muy afligidos con la miseria , merecen que los consuelen ; pero á los ricos , que de ordinario son sobervios , es preciso abatirlos , infundiéndoles el terror y espanto : quanto mas grandes y superiores á los otros se juzgan por los bienes de este mundo que poseen , tanto mas se les debe hablar con autoridad y con imperio. Por esto San Pablo no dixo á su discípulo Timoteo que suplicase á los ricos que no fuesen orgullosos , ni pusiesen su confianza en sus riquezas , sino que se lo mandase. No porque algunas veces no sea necesario tratarlos con suavidad , como seria si el espíritu de



orgullo los poseyese en tanto grado, que estuviesen casi furiosos. Tambien se puede conseguir con algunas parábolas, que parece que van muy distantes, quando se les quiere reprehender: muchas veces convencidos con el juicio que hacen de sí mismos se ven en el empeño de tener que mudar de conducta. De este modo procedió el Profeta Natán con David quando fué á visitarle para reprehenderle su delito. La tristeza y alegría pueden venir, ó de los objetos que nos hacen impresion, ó del humor natural. Si se ofrece, pues, instruir á gentes de genio alegre, es preciso representarles la profunda tristeza que causa la eterna condenacion: á los melancólicos, el perfecto gozo que Dios nos promete en su Reyno, y á unos y otros, que las naturales inclinaciones no estan muy distantes de los vicios, y así, los que son alegres deben temer caer en los excesos, y los melancólicos dexarse arrastrar de la ira. La instruccion que conviene á los que viven dependientes, no corresponde siempre á los que se hallan en los cargos y dignidades. A los primeros se les ha de encomendar la humilde sumision, y la entera obediencia, todo por el amor del Señor; á los segundos que usen con moderacion de su autoridad, y que no se excedan en los mandatos, ni irriten á los que dependen de ellos; á los primeros, que se guarden de que á vista de las faltas de los superiores, no se levanten contra ellos con audacia; á estos que sean vigilantes y circunspectos. Direis á los siervos que tengan siempre la baxeza de su condicion muy presente, y á los superiores que se acuerden de que Dios no los hizo de distinta naturaleza, que á los que los sirven. Exhortad á los que son sabios, segun el siglo, á que olviden lo que saben para aprender la ciencia de los Santos; y á los que son simples á que aprendan lo que no saben, exhortándolos á que se valgan de su simplicidad, que el mundo llama locura, como que esta es el camino mas corto para llegar á la verdadera sabiduria. El único medio de reducir á la razon las personas altivas y descaradas, es el de usar con ellas de las reprehensiones

acres y fuertes. No sucede lo mismo con las que son contenidas y modestas; porque la menor palabra de suavidad, es capaz de hacerles entrar en su obligacion. El defecto de los arrogantes es el estar llenos de presuncion de sí mismos, y de desprecio de los demas: el de los tímidos es no conocer otra cosa que su flaqueza, lo que tal vez los pone en una especie de desesperacion. A los primeros se les puede corregir poniéndoles á la vista que han hecho muy mal en lo que pensaban haber hecho bien, para que en vez de la gloria que juzgan haber merecido, reciban saludable confusion: á los tímidos se les puede reducir al buen camino, representándoles algunas cosas buenas que hayan hecho, para que esta aprobacion anime en ellos el deseo de hacer lo bueno, y que lleguen á entender que solo se les habla de lo malo que han hecho, para exhortarles á no volverlo á cometer.

El modo de instruir á los que son impacientes, y á los que son sufridos, no es uno mismo. A los primeros es preciso decirles que no se dexen arrastrar tan fácilmente del ímpetu de su espíritu, pues deben temer que contra su voluntad podrian llegar á caer en muchos desórdenes funestos: que abandonándose á unos movimientos tan violentos, que los sacan de algun modo de sí mismos, es difícil que conozcan despues el mal que hicieron mientras estaban irritados: que la impaciencia hace perder la caridad, que es madre de todas las virtudes: que al fin degenera en arrogancia; y por último, que la verdad, dixo á sus escogidos: *Vosotros poseereis vuestras almas en la paciencia* (Luc. 21). Los avisos para las personas sufridas son: que quando exteriormente sobrellevan el mal que les hacen, deben procurar no concebir en su corazon resentimiento alguno, aplicándose á amar á los que tienen precision de sufrir, y que deben tener grande cuidado de sofocar el dolor que pudiera excitarlos á vengarse de las injurias recibidas. Los envidiosos deben ser tratados de diferente modo que los que quieren el bien para todo el mundo. A estos se les dirá que no es suficiente



alabar las acciones virtuosas de los otros, sino que deben imitarlas; y á aquellos, que no hay cosa mas infeliz en el mundo, que un hombre que se aflige con la felicidad agena, haciéndose mas malo con el dolor que le causa: que la muerte entró en el mundo por la envidia, y que este vicio destruye quanto bueno y laudable hay en el hombre; por lo que dixo el sabio: *Que quando está sano el corazon, la carne está llena de salud y de vida; pero que la envidia pudre hasta los huesos.* (Prov. 14.). Respecto de las personas sencillas y cándidas, se las debe advertir, que asi como evitan útilmente el engañar á los demas con mentiras, tambien deben procurar no decir la verdad sino quando conviene, añadiendo á la virtud de la sinceridad la de la prudencia, porque puede suceder que por decir la verdad sin tiempo, perjudiquen á alguno. A las personas dobles se les ha de representar, que el temor que tienen de que las descubran su corazon, las hace buscar siempre malas excusas para defenderse: que segun la Escritura, tanto mas sosegado y seguro está el hombre, quanto es mas sincero en lo que hace; y que con los sencillos y sinceros gusta Dios de conversar.

De un modo se ha de hablar con los que gozan salud, y de otro con los que estan enfermos. A los primeros se les ha de persuadir que se valgan de la salud de su cuerpo para emplearla en la salud del alma y en la práctica de las buenas obras; y consolar á los segundos, diciéndoles: que tienen nuevos motivos para considerarse hijos de Dios quando mas los castiga y los aflige: que si el Señor no estuviera pronto para darles la herencia del cielo, despues de sus aflicciones no se las enviaria para instruirlos: que si los hijos del siglo padecen tantos trabajos y penas por los bienes de la tierra, no hay aflicciones que sean excesivas para conseguir aquella herencia que jamas se ha de perder: que las penas y las aflicciones contribuyen á la salud del alma, porque la hacen entrar dentro de sí misma: y que Jesuchristo, que es el que lava nuestros

pecados con el agua del Bautismo, siendo el que da la vida á los muertos, padeció mayores calumnias, ultrages y aflicciones, y la misma muerte. La discrecion debe arreglar nuestras palabras, pero no nos hemos de privar para siempre de decir las, porque hay tiempo de callar, y tiempo de hablar: Es, pues, un defecto ser demasiado taciturno, ó demasiado hablador, es preciso observar un medio entre estos dos extremos. *El sabio callará hasta que sea tiempo de hablar* (Eccl. 20.), esto es, hasta que llegue la ocasion en que sea mas conveniente hablar, para servir al próximo, que guardar silencio. El ser demasiado reservados en quejarse de sus desgracias, es exponerse á sentir mas vivo el dolor en su corazon. Tenemos obligacion á declarar á los que nos hacen alguna injusticia el motivo que tenemos de quejarnos, pues esta queja los detendrá para que en adelante no nos perjudiquen, y disminuirá la viveza de nuestra afliccion. A los que hablan mucho se les deben hacer presentes los desórdenes en que pueden caer, por dexarse llevar de la multitud de palabras, y la cuenta que algun dia han de dar en el juicio de las palabras ociosas, esto es, de las que dicen sin justa necesidad, y sin proponerse utilidad alguna.

XVII. Exâmina despues San Gregorio cómo se debe instruir á los que son lentos en executar el bien, y á los que le hacen con precipitacion; á los que son mansos, y á los que son coléricos; á los que son adictos á su parecer, y á los que son inconstantes y ligeros; á las personas sobrias, y á las que se dexan llevar de la gula; á los que son limosneros, y á los que son avarientos. La regla en la distribucion de las limosnas es darla á los que la necesitan, y á proporcion de su necesidad; no afligiendo el espíritu de los que nos piden, dilatando por mucho tiempo el socorrerles, y no pretendiendo las alabanzas pasajeras de los que reciben la limosna, ó de los que lo ven. Lo que se debe advertir á los casados es, que se contribuyan con las mutuas obligaciones, y que quando pre-



tenden agradarse recíprocamente, piensen en no desagradar á Dios, sufriendo con la benignidad las incomodidades que reciben unos de otros, ayudándose entre sí á salvarse, y considerando, que habiéndose unido con el fin de tener hijos, no deben manchar la santidad de la union matrimonial, pretendiendo satisfacer á la sensualidad. Quando San Pablo dixo, para evitar la fornicacion, viva cada hombre con su muger, y cada muger con su marido, no tanto dió reglas á las personas sanas, quanto manifestó los remedios para las que estan enfermas. No hizo precepto para los que estan de pie, sino que mostró la cama á los que estaban para caer, para que no se estrellasen contra la tierra. Quando añadió, *Lo que yo os digo, como una cosa que se os perdona*, denotó suficientemente que podia haber alguna falta en aquello de que hablaba; pero que facilmente se perdona, porque menos consiste en hacer lo que absolutamente pudiera estar prohibido, que en no observar la moderacion suficiente en el uso de lo permitido. Los que no estan empeñados en las obligaciones del matrimonio, deben ser tanto mas fieles en seguir la ley de Dios, quanto mas desprehenidos estan de las cosas del mundo. Si se hallan tentados de la carne, y á riesgo de perderse, tienen el puerto del matrimonio para retirarse: porque no ofenden á Dios los que se casan, sino han hecho voto de vivir en estado mas elevado. La fuga de la ocasion es el remedio que se debe prescribir á los que ya han caído en pecados. A los que han vivido sin culpa se les debe hacer presente el premio que Dios les reserva; para que poniendo en él los ojos, se animen á vencer las dificultades de las tentaciones. Los que gimen llorando los pecados que executáron, deben hacer que nada falte á su penitencia, pues nada faltó á su pecado. Tres cosas hay que contribuyen á la consumacion del pecado, es á saber: la suggestion, la delectacion y el consentimiento. La primera viene de nuestro enemigo: la segunda pasa en nuestra misma carne y la tercera en nuestro espíritu. El enemigo que siempre pro-

cura sorprendernos, nos sugiere el mal, la carne se dexa arrebatarse del placer que siente; el espíritu, arrebatado de este mismo placer, da su consentimiento. Los que lloran los pecados de pensamiento deben examinar en cuál de estos tres grados han caído, para que reconociendo la naturaleza de su caída, derramen las lágrimas que esta requiere para libertarse. Tambien es obligacion de los que los instruyen, no abatirlos demasiado con el terror; porque tal vez, Dios lleno de misericordia, perdona con mas facilidad al alma los pecados de pensamiento, pues no permitió que llegasen á la accion; y el alma tambien se desprehende con mayor facilidad de esta especie de culpas, á proporcion que se empeñó menos por no haber llegado á la execucion. Algunas veces sucede que los pecadores lloran sus pecados sin dexarlos, y otras que los dexen sin llorarlos. A los primeros los compara la Escritura á los perros, que vuelven al vómito, y se cargan de nuevo. Los segundos, aun que ya no pecan, no por eso quedarán excusados de sus culpas mientras no las floren: por lo que San Pedro decia á los que vivian asustados por sus antiguos desórdenes: *Haced penitencia, y bautícese cada uno de vosotros* (Act. 2.). Antes de hablarles del Bautismo les intima las lágrimas de la penitencia para enseñarles que debian lavarse en las aguas de sus lágrimas para acabarse despues de purificar en las del Bautismo. En quanto á los que justifican sus desórdenes es preciso hacerlos entender que muchas veces pecan mas con la aprobacion que dan á sus malas acciones, que con las mismas acciones malas; porque quando solamente las cometen, á sí solos se perjudican, mas quando las alaban, ponen á riesgo de cometer otras semejantes á todos los que los oyen.

Las demas instrucciones de San Gregorio hablan de los que caen en el pecado por sorpresa ó con deliberacion; de los que caen en pecados leves, y los que procurando evitar los mas pequeños, caen algunas veces en los graves; de los que



no quieren empezar á hacer el bien; y los que no perseveran en él; de los que en secreto hacen lo malo, y en público lo bueno; y de los que ocultándose para hacer el bien, dan motivo de que tengan mala opinion de ellos por su conducta exterior. Cree este Santo que algunas veces hay mayor peligro en haber caído en un pecado menor, que en otro mayor; la razon que da es, porque mas facilmente se conoce el mal que hay en un grande pecado; el que asi se corrige con mas prontitud; pero como no se conoce todo el mal que hay en las faltas ligeras, se continúa cometiéndolas con mayor peligro de la salvacion, porque el hábito de incurrir en las pequeñas faltas, lleva al estado de no tener horror aun de las graves. Dice: "Que quando hay virtud suficiente para ser superior al deseo de las alabanzas, se hace injusticia al próximo ocultándole las buenas obras que le pudieran edificar: que se comete otra culpa no ocultando en quanto se pueda á los ojos de los hombres, lo que pueden explicar mal, ó tomar en mal sentido, como son los que son inclinados á interpretar mal las cosas, y á tomar exemplo para caer en el pecado."

Despues de todas estas instrucciones particulares, da San Gregorio otras generales que pertenecen principalmente á los Pastores. Quando estos tienen que alabar las virtudes para inclinar á sus oyentes á seguirlas, deben atender á no dar ocasion de que caigan en los vicios opuestos; y asi quando exhortan á los avaros á dar liberalmente sus bienes, no deben autorizar la demasiada profusion de los pródigos; sino que deben excitarlos con tal destreza á que se contengan, que los avaros no se aficionen con mas excesivo apego á sus tesoros. Del mismo modo habla de todas las demas virtudes que tienen vicios contrarios. Otra máxima es, que quando una alma se ve combatida al mismo tiempo de dos vicios, el uno de los cuales es menor que el otro, en este caso se debe atender á sanar de aquel que mas pronto puede dar la muerte, y si es imposible curar el uno sin impedir que el otro tome fuerzas, se debe

dexar que las tome entretanto que el otro se cure. Un hombre que comete exceso en el comer, es vivamente apretado y vencido de la impureza. Rezelando las conseqüencias de este combate se priva del alimento; pero su abstinencia le da motivo á la vanagloria. Se ve claro que en este hombre no se puede destruir el primer vicio sin dexar que el otro tome fuerzas. Mas qué se ha de hacer, es preciso sufrir que los movimientos del orgullo se fortifiquen en él por motivo de su abstinencia, supuesto que no le quitan la vida, porque no suceda que le dé la muerte la impureza, conseqüencia necesaria de su glotoneria. Tambien es de grande importancia en un Pastor el no decir en sus instrucciones cosa alguna que sea superior á la capacidad de sus oyentes, porque no suceda que su espíritu se canse y pierda el gusto por estar demasíadamente aplicado. Debe, pues, ocultar las cosas que son muy elevadas quando habla con la multitud, y descubrirlas solamente á un corto número de personas.

Debe principalmente velar sobre sí mismo, no sea que instruyendo y edificando á los otros con sus palabras y acciones, esto mismo les dé motivo de ensobervecerse. Al primer movimiento de complacencia debe aplicarse á la consideracion de sus flaquezas, mirando, no el bien que ha hecho, sino el que ha dexado de hacer; para que abatido su corazon con la memoria de sus flaquezas se confirme mas en la virtud en la presencia de Dios, que es el único que inspira sentimientos de verdadera humildad.

XVIII. Bastará leer los diálogos de San Gregorio para convencerse de que son suyos. No hay duda que se advierte, que el que los compuso era Monge, y en el Monasterio que él mismo habia fundado: que habia sido su superior, que le habian enviado á Constantinopla para exercer las funciones de Nuncio Apostólico; y que últimamente le habian elevado á la santa silla, desde la qual habia predicado al pueblo Romano diversas homilias sobre el Evangelio. Si todas estas señales no